

ELOGIO Y NOSTALGIA DE MARAÑÓN

TRAZO estas líneas en el Cigarral toledano de don Gregorio Marañón, en una mañana de domingo. La familia del lustre doctor se ha quedado en Madrid; rehúyen quizá este silencio denso, en el que se han sumido los patios, los pasillos, las alcobas, el amplio comedor, la biblioteca.

Por puro mecanismo mental enciendo un cigarrillo, pero inmediatamente lo apago, como en aquellos domingos luminosos en que don Gregorio podía subir de la biblioteca y sorprendernos.

Arden los leños en la chimenea; el fuego hace brillar los cacharros de cobre, colgados bajo su campana; a través de una ventana veo el campo solitario, con sus cipreses solemnes; el olivar apocalíptico; las pitas y los almendros.

Estoy solo, en este ámbito donde el maestro encontró refugio para serenarse de sus tempestades; aquí escribió casi todos sus libros; aquí, ante esta chimenea, dialogaba con cuantos le visitaban, "porque en mi casa no se ha dicho a nadie que no por cuestión de ideas".

Una profunda emoción acompaña nuestros pasos al descender por la escalera, al entrar en el refectorio del que fue Cigarral de Menores. La mesa está vacía; en torno a ella, el poder evocador de la memoria torna a poblarla de comensales. Don Gregorio preside, sentado allá, en el extremo; a su derecha, Ramón Pérez de Ayala. Recorremos visualmente los sitios que en otro tiempo vimos ocupados: Sebastián Miranda, doña Lola, Belén, Andrés Segovia, Enrique Larreta, Lain Entralgo, André Maurois, González-Ruano, Carmen y Alejandro Arazo, Patricia y Gregorio.

Al fondo está la biblioteca, dividida en dos compartimientos. En el que está al fondo escribió Marañón, desde 1922 hasta pocos meses antes de su muerte, millares de cuartillas: prólogos, discursos académicos, ensayos, artículos periodísticos, trabajos científicos, biografías y conferencias.

Sobre la mesa de trabajo, sus plumas; la escribanía y los candeleros, de metal; el escritorio de barco, forrado de cuero; un ejemplar del "Manual de Diagnóstico Etiológico"; el cenicero, nunca utilizado, que tiene una significativa leyenda: "Signore benedici chi no mi fa perder tiempo."

Este pequeño, reducido recinto, fue en otro tiempo celda. Gustavo Adolfo Bécquer, que habitó en el Cigarral de Menores, pudo haber descansado en este aposento.

La austeridad frailuna prevalece; la paz se remansa aquí, lejos del mundo inquieto. Oigo, lejos, el ladrido de un perro, quejumbroso; percibo el olor fuerte del esparto trenzado en alfombra, que aísla el frío de las baldosas.

El espíritu de Marañón está aquí vivo, palpitante. En las librerías, que se prolongan hasta el techo, se alinean centenares de volúmenes, muchos de ellos desencuadernados por el frecuente manejo; apoyadas en sus lomos, fotografías de los amigos del doctor Marañón, que él gustaba colocar en su gabinete de trabajo, como homenaje permanente: Ortega, Romanones, Cambó, Fleming, René Coty, Baroja, Waksman, Maurois, el doctor Hernando, Valery Radot y otros médicos extranjeros, así como tres apuntes de Galdós, tomados a lápiz del natural por Rovira.

Un solo texto aparece enmarcado. La

letra es clara, uniforme y está escrita como testimonio de gratitud por la hospitalidad que la familia Marañón le dispensó en los días en que fue invitada en el Cigarral. La firma es sobradamente conocida: María Curie.

Gyenes ha dejado para la historia familiar una curiosa fotografía, en la que aparecen, en torno a la mesa de piedra que perteneció al palacio de don Aylar de Luna, los tres Gregorios: abuelo, padre y nieto. Este era entonces un niño; ahora ya es un abogado en ejercicio, padre de un hijo.

Dejamos reposar la pluma sobre las cuartillas para hojear los libros del doctor Marañón. Muy pocos de Medicina; la mayoría, manuales de historia, biografías, epistolarios y memorias. Los Clásicos Castellanos, editados por Rivadeneyra, ocupan un largo estante; las "Cartas eruditas" y el "Teatro crítico", del padre Feijoo, en la edición de 1781, conservan trozos irregulares del papel amarillento entre sus páginas. Tomamos al azar uno de los volúmenes; en sus márgenes están escritas con lápiz, con la letra inconfundible del doctor Marañón, observaciones y notas a modo de sumario.

En el estante superior reunió Marañón los libros ingleses, españoles, italianos, franceses y portugueses sobre Don Juan; más arriba están colocados los más importantes volúmenes sobre El Greco.

Su gran admiración por Galdós y el viejo proyecto de escribir un amplio estudio sobre él animó a Marañón a reunir también una colección de folletos, ensayos y biografías, entre ellas el libro de Berkowitz.

Detrás del sillón donde escribía don Gregorio se alinea la "Biblioteca de Autores Cristianos". Varios de sus volúmenes, los que se refieren a la obra de San Agustín, aparecen con su encuadernación deteriorada por el uso; algunas de sus páginas, descosidas; los márgenes, con frecuentes anotaciones.

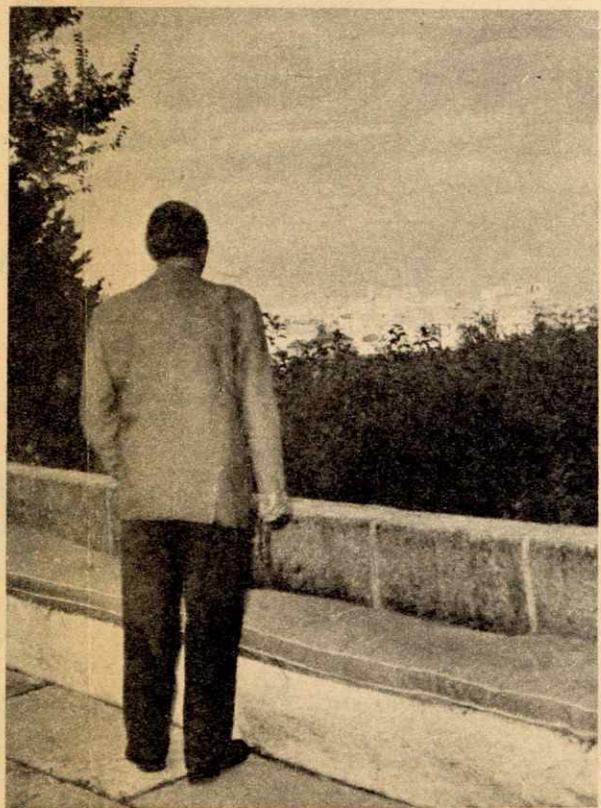
Algunos libros de autores contemporáneos están dedicados; otros, fueron adquiridos directamente por don Gregorio.

En la biblioteca contigua, sobre cuya mesa solía hacer consultas rápidas, están agrupados los libros de una amplia diversidad de temas. Con viva emoción reconocemos el ejemplar de "Baroja y su máscara", nuestro tercer libro, entre cuyas páginas se conserva aún la carta que acompañó su envío.

Después de almorzar junto a la chimenea, en la grata compañía del doctor Zúmel, que ha venido con nosotros desde Madrid, bajamos al patio del Cigarral de Menores, donde se representó, según nos cuenta Tirso de Molina, su comedia "Como han de ser los amigos".

Don Gregorio gustaba de contemplar desde aquí la panorámica de Toledo. Con su mano apoyada en nuestro hombro nos señaló un día la tierra rojiza, a trechos grasa. "Federico García Lorca—recordaba Marañón—, que venía aquí a leernos, a sus amigos, sus versos y sus dramas admirables, nos dijo una vez al contemplar esta tierra que le daban ganas de comerla hunteada en pan."

También solía referir don Gregorio la observación de Valle-Inclán, una tarde en que contemplaba Toledo desde aquí mismo. Sin duda, al recordar Santiago de





Compostela, que es una ciudad de piedra, exclamó: "¡Este Toledo, en cuanto un día llueva, se disuelve!"

El Cigarral toledano fue para Marañón un paréntesis en la vida profesional—del sábado por la tarde al domingo por la noche—, sin abandonar su valoración del tiempo, que empleaba casi íntegramente en escribir.

Muy pocas veces almorzaba en familia, porque le gustaba recibir a sus amigos en el Cigarral. Con ellos iba a misa a la catedral, daba un paseo por la plaza de Zocodover, visitaba la Casa de El Greco y se acercaba hasta el estudio de Victorio Macho para conversar con aquél viejo amigo.

Sus tareas de escritor las cumplía ganando minutos, mientras los invitados fumaban el cigarro sentados junto a la chimenea, o después de que regresaban a Madrid, a la caída de la tarde. "Soy un traperero del tiempo", decía. Y también muchas veces le oímos que él no hacía milagros con el tiempo, sino que trabajaba sin perderlo, con la idea de quien tiene que tomar un avión a las seis de la tarde, de manera que desde esa hora hasta las doce de la noche cumplía ampliamente sus deberes de trabajador. Y siempre, invariablemente, a las cinco y media de la mañana, nuevamente en pie, porque "los que digan que necesitan más horas para dormir no tienen razón. Es un pretexto de holgazanes".

Es cierto que a esa prodigiosa manera de sacar partido de los minutos de cada día, hay que añadir el don de la facilidad que Marañón tuvo para escribir. Ahí están, como prueba, sus manuscritos, que aparecen limpios de tachaduras, con una letra segura y dinámica.

Una tarde del mes de mayo de 1948, Fleming visitó a su amigo Marañón, a quien había conocido cuando éste, en compañía del doctor Pittaluga, fue enviado por el Gobierno para estudiar en Francia la llamada "gripe española" de 1918.

En Boulogne-sur-Mer tenía su instalación bacteriológica y sanitaria el famoso Almroth Wright, a cuyo lado trabajaba Fleming, que era su discípulo.

Treinta años después de aquel encuentro, el gran Fleming, mundialmente conocido, estuvo en España y, como tantas otras personalidades mundiales, visitó a Marañón.

En el Diario de Fleming aparece este apunte: "Toledo.—Greco, Goya... En automóvil a la casa de Marañón. Vista sobre Toledo. Espléndida casa y encantadora familia. Almuerzo al aire libre. Muy agradable. Regalos del día: un cortapapeles (hoja de oro de Toledo); una muñeca; un enorme cigarro; libros, entre ellos los poemas de Scott..."

* * *

Quando en Madrid se ha derribado alegremente la casa de Galdós y no queda más que el recuerdo de otros muchos grandes hombres, cuyos retratos, bibliotecas y objetos personales han desaparecido como con prisa, es justo el elogio a doña Dolores Moya y a sus hijos, porque este Cigarral es como una caja de sándalo donde se conserva fresco, redivivo, el recuerdo del doctor Marañón.

